

Gratuidad: Cuanto más das, más tienes

Sor Jenny Favarin. f.d.p.

Acercas de ciertos temas es posible establecer un debate sobre los diferentes matices o sobre ciertos aspectos que se pueden contemplar bajo diversos ángulos, y así, según los distintos enfoques, se suscita un debate que no acaba nunca. Pero no es ahí donde se logra saborear las virtualidades de aquello sobre lo cual se habla. Esto sucede con la gratuidad. Para saborear su vitalidad, hay que dejar las palabras e ir a la vida. Y,... ¡milagro!, se comprende enseguida, por otro camino, la gratuidad, sin reflexiones tortuosas, sino revelando su esencia. Damos las gracias a sor Jenny, que nos regala un pedazo de su vida, en el que se muestra esto.

SON las 11.15 de un martes calurosísimo del julio romano, y deseo ir a la misa de 12.00 a S. Pedro, pero la fila para pasar el detector de metales es kilométrica, por lo que me asalta la duda de estar en la fila equivocada. La esperanza de que haya un carril preferencial me infunde valor para correr a un guardia y explicarle candidamente mi intención, el cual, por toda respuesta, suelta una carcajada y un «si quieres llegar a misa puntual, tienes que ponerte en fila a las 7.00». Me quedo sin palabras, así que me marché enfadada y desanimada. Cabizbaja, me dirijo a una de

tantas callejuelas que rodean S. Pedro, arrastrando en mi cabeza preguntas perplejas sobre la incredulidad de lo que acabo de vivir: «¿Es posible que ese guardia me haya despachado de un modo tan rápido y tan impersonal y que incluso se haya reído de mí? ¿No se puede ir ni siquiera a misa?».

Ando sumida en estos pensamientos, cuando una voz lejana logra arrancarme de ellos haciéndome llegar al cerebro una frase de sentido completo: «Tengo hambre, ¿me ayudas?» En dos segundos compruebo que el sonido proviene de la boca de un hombre sentado en la acera delante de un bar, con la

mano abierta dirigida hacia mí. Hay mucha gente que pasa a mi lado esquivándome, mientras en esa zona, afortunadamente peatonal, me quedo encandilada en medio de la calle mirándolo y tratando de dejar espacio a algo nuevo que contrasta totalmente con mi indignación y desconsuelo. Instintivamente le pregunté qué deseaba comer, con el fin de comprárselo, y su respuesta embarazosa es: «No lo sé; lo que tú quieras».

Gratuidad: algo extremadamente hermoso y frágil, que no tiene nada que ver con la lógica del cálculo, del trueque y de los intereses, en la que, extrañamente, si das, no pierdes, o mejor, cuanto más das, más tienes..

Me parece profundamente injusto tener que elegir en su lugar, y de repente, un impulso interior, sin ser yo consciente, me hace responder: «*Entra en este bar conmigo, y escoge lo que te gusta*».

Confundido, primero, e incrédulo, después, el hombre, mirando a su alrededor como buscando el engaño, me pregunta si estoy segura de verdad o se trata de una broma. Se levanta, se me acerca y, asíndome de la mano, me dice su nombre. Se la estrecho y me presento. De pie, ambos nos miramos a la misma altura. Solo después de cruzar el umbral del bar, me doy cuenta de que mi propuesta, instintiva, no es muy frecuente. Me ayudan a comprenderlo las miradas de la gente sentada a las mesas o en la fila de la caja, que miran la ropa raída y arrugada de mi reciente compañero. En la fila de la caja, ese hombre, llamado Fabio, me pregunta: «¿Tú no tienes hambre?». No pensaba yo en mi hambre, a pesar de la vaciedad de estómago. Le respondo que sí, y, cinco minutos después, sentados a una mesa, estamos almorzando jun-

tos. Durante todo el tiempo, Fabio no para de repetirme, increíblemente contento, que jamás le había sucedido algo semejante, en los seis meses que llevaba viviendo en la calle. Yo también desbordo de alegría. Y nos despedimos dándonos las gracias mutuamente.

Desde hace tres años, los jueves por la tarde, vivo, en cierto sentido, una experiencia semejante a la que acabo de contar, en un centro de día para personas sin morada fija o con necesidades de otro tipo, que regentamos nosotras, las franciscanas de los pobres. La única diferencia es que no se sientan conmigo a la mesa para comer, sino para pintar y dibujar. Este centro no solo responde a las necesidades esenciales de estos “últimos”, sino que, según la intuición genial y, para mí, también evangélica de una de nosotras, responde también a aquello demasiadas veces frustrado y descartado a causa de las condiciones en que viven, o bien a la necesidad de contactar la parte más auténtica de uno, única, irrepetible y original, que forma parte de esa identidad propia estrechamente conexas a la dignidad personal.

Me resulta inolvidable la primera vez que, cruzando la puerta del centro con mis manos llenas de materiales artísticos y de inseguridades sobre el sentido de esta iniciativa de laboratorio de terapia artística, aún no he balbuceado mi nombre, cuando inmediatamente oigo decir a los que iba a ayudar: «*Bienvenida, acomódate, te estábamos esperando*».

Después de los primeros días de taller, en los que mi objetivo se centraba exclusivamente en sostener el proceso artístico con mis competencias de terapeuta de arte, un participante me comunica su alegría de poder elegir cómo dar forma, crear y tener un espacio de experimentación artística, y me pregunta: «*Sor Jenny, ¿tú no quieres di-*

bujar? ¿Por qué no creas tú también con nosotros?». Desde entonces, saltándome un poco las reglas, comencé a sentarme con ellos y a sumergirme en el mismo clima creativo. De ahí ha surgido un espacio franco en el que cada uno de nosotros crea y obtiene ideas y sugerencias, incluida yo.

**¿Tú no tienes hambre?
¿Tú no deseas dibujar?**

Gratuidad: algo extremadamente hermoso y frágil, que no tiene nada que ver con la lógica del cálculo, del trueque y de los intereses, en la que, extrañamente, si das, no pierdes, o mejor, cuanto más das, más tienes. Gratuidad: una palabra ajena a

la mercantilización y a llegar primero. Gratuidad: una dimensión compuesta por tiempo y espacio, que no pide nada sino ser uno mismo. Gratuidad, que rima con creatividad, reciprocidad, entrega, fundada sobre la persona, en los perfiles vivos, precisos e inequívocos.

Vuelvo a pensar en las 11.15 de aquel martes de un calorosísimo julio, y caigo en la cuenta de que tal vez, de algún modo, llegué a la misa en la cual Dios me estaba esperando. No era a las 12.00, no era en S. Pedro, sino en un bar de una calleja escondida, con uno de tantos hermanos antes desconocidos que me daba la bienvenida gratuitamente, me ofrecía asiento y me recordaba que... cuanto más das, más tienes.

LA GRATUIDAD DEL PERDÓN

«El pasaje del Evangelio (Mt 18.21 a 35) nos ofrece una enseñanza sobre el perdón, que no niega el agravio sufrido, sino que reconoce que el ser humano, creado a imagen de Dios, es siempre más grande que el mal que comete. San Pedro le pregunta a Jesús: “Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar a mi hermano que peca contra mí? ¿Hasta siete veces?” A Pedro le parece lo máximo perdonar siete veces a una misma persona; y tal vez a nosotros ya nos parece mucho hacerlo dos veces. Pero Jesús responde: “No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete”, es decir, siempre. Tú debes perdonar siempre. Y confirma esto narrando la parábola del rey misericordioso y el siervo despiadado, en la cual muestra la incoherencia de aquel que fue perdonado antes y que luego se niega a perdonar.

El rey de la parábola es un hombre generoso que, movido por la compasión, condona una deuda enorme –“diez mil talentos”– a un siervo que le suplica. Pero ese mismo siervo, tan pronto como se encuentra con otro siervo que le debía cien denarios –es decir, mucho menos–, actúa sin piedad, haciéndolo aprisionar. La actitud incoherente de este siervo es también la nuestra cuando rechazamos el perdón a nuestros hermanos. Mientras que el rey de la parábola es la imagen de Dios que nos ama con un amor rico en misericordia tanto como para acogernos, amarnos y perdonarnos continuamente».

Papa Francisco, *Ángelus* 17 septiembre 2017.